



Un sino trágico

En un telegrama de Madrid publicado por el diario conservador francés «Le Temps», al hacerse la historia de la última crisis—crisis, no oriental, sino trolodítica—se dice que cuando el conde de Romanones fué echado del Poder por las Juntas de Defensa de la oficialidad del arma de infantería, preguntándole el corresponsal del diario parisiense por los motivos de su aparente falta de energía, el jefe liberal le contestó tristemente: «Siendo yo ministro del rey, necesitaba ante todo salvar la monarquía.»

No vamos a discutir si un ministro del rey no tiene ante todo que salvar la dignidad y la civilidad de la nación, ni si le es lícito supeditar a la lealtad el patriotismo. El conde de Romanones nos diría, de seguro, que la lealtad y el patriotismo son para él una sola y misma virtud cívica, convencido como está de que hoy por hoy el derrumbe del régimen monárquico sería en España una gravísima desgracia nacional, y más si tráfara de sí una República pretoriana. No vamos a discutir esto, y desde luego todo es preferible a una República pretoriana o a cualquier otro régimen en que apareciese al frente del Estado un dictador cualquiera al dictado de esas desdichadas Juntas. Que lo peor que tienen es que no tienen nada que dictar. Nada concreto y estudiado, y racional y práctico y político y civil, se entiende. Porque a palabrería huera y a tópicos manidos y a recetas puramente charlatanescas de curanderos de tablado en corrillo nadie les gana, a juzgar por lo que se han creído obligadas a dejar, de cuando en cuando, traslucir al público respecto a sus propósitos de regeneración nacional. ¡Qué vaciedad, Dios santo!

No, no le vamos a discutir eso al conde de Romanones. Dice que se dejó echar del gobierno por salvar la monarquía. ¿La salvó con ello? ¿Ya lo veremos! Pero creemos que no, que no la salvó, que no salvó al régimen. Y es que el único que podría salvar a la monarquía, o por lo menos dilatar su hundimiento definitivo, hasta que estuviere pujante y dispuesto el órgano que la haya de sustituir, sería el monarca mismo. Y el monarca no parece hacer nada por salvar la monarquía. Parece, en efecto, que se ha apoderado un instinto suicida del Poder Soberano. Y es que suele haber ocasiones en la historia en que a los reyes les entra la extraña pasión de jugarse la Corona. Y en más de un sentido.

Fué echado del Poder por las tales Juntas y por sus protectores y valedores el conde de Romanones, y se le llevó a él, al Poder, a La Cierva asistido de Maura—éste en concepto de figurón,—a los hombres de 1909, y al darles con el Poder el decreto de disolución de Cortes, publicó una nota oficiosa inaudita en

que se le atribuya al Soberano la especie de qué era Maura quien mejores garantías ofrecía de que se hiciesen unas elecciones generales sinceras y honradas, de que se supiese sin amaños la verdadera voluntad de la nación. ¿De dónde salió esta tan peregrina especie? ¿De las dichas Juntas acaso?

El ciervo-maurismo por su parte creía—queremos creer que de buena fe—que contaba con el sufragio de toda la gente de orden, y que éstos, los del orden ciervo-maurista, eran los más. A pesar de lo cual, La Cierva dirigió unas elecciones de violencia y de amaño, aunque con cierta hipocresía. Y ni así sirvió. El conservadurismo español ratificó el «Maura, no!» de las izquierdas. Y de aquí todo el trastorno político que arranca del primero de junio de este año. Y de aquella increíble nota oficiosa.

¿Y en ese error fundamental de creer que había de ser La Cierva bajo el pendón de Maura el que había de traer el orden y la justicia y la salud de la patria, en ese error a que le indujeron al Soberano colaboraron sólo las Juntas esas? ¿No hubo alguna persona consejera y consejera secreta e irresponsable? ¿No se ha hablado hace poco, y en otro telegrama de diario extranjero, de mano oculta? ¿Qué mano es esa que entra en la trama de la crisis? ¿Será cierto lo que se dice de que Dato, el sacudido Dato, el Dato ése a quien se cuenta que le zarrandearon cogiéndolo de las solapas de la irreprochable levita, que Dato dijo, donde debió decirlo, que los mayores de edad deben de estar fuera de la tutela materna o algo por el estilo?

Y ahora, con esta crisis en que las Juntas le han echado a Sánchez de Toca, como antes a Romanones, ¿se salvará la monarquía? ¿Qué se hará de esas Juntas? ¿Qué de la mano oculta?

Quando escribimos esto no ha llegado a España todavía, desde Inglaterra, el nuevo ministro de la Guerra. Acaso llegue a la vez que S. M. la Reina, que en Inglaterra, su patria nativa, se hallaba. Y por cierto vuelve de su patria nativa, de Inglaterra, a España, la reina cuando el infante D. Alfonso de Orleans se va, acompañado de su esposa, la infanta Beatriz, a estudiar la producción de aparatos aéreos en Francia e Inglaterra, para lo cual dicen que fijarán su residencia en Suiza. Y todo esto es historia contemporánea, actual.

Crisis absurdas; notas oficiosas de una indiscreción morbosa y en que se proclama el monopolio de la sinceridad electoral a favor de un valido; cacerías; viajes regioes e infantiles de ida y de venida, y encima de todo ello manos ocultas. Esto se está poniendo como un imperio cualquiera habsburgiano en visperas de su definitivo derrumbe.

Conviene meditar en el sino de esa trágica familia, cuyo cabeza (a. q. D. p.), fué en vigor, quien, por instigación del ex kaiser, desencadenó la guerra.

MICHEL DE UNAMUNO.

